

Introducción. Familias y géneros: las paradojas de tener que hablar de diversidad

Javier González Díez y Virginia Gámez Ceruelo

En los últimos años las sociedades latinoamericanas han ido lentamente abriendo paso a la asunción y al reconocimiento de la pluralidad de configuraciones familiares, de formas de construir los géneros y de maneras de definir la infancia. Puede parecer paradójico que, en un mundo tan diverso como el latinoamericano, se llegue a reconocer solo recientemente esta diversidad, pues los indicios siempre han sido muchos: modelos de familias extremadamente diversas, una fuerte matrifocalidad y heterogeneidad en la composición de los hogares, multiplicidad de maneras de abordar la maternidad y la paternidad, la presencia de lazos de parentesco ritual muy variados y de instituciones muy particulares, como los casos del *tercer género*, el *matrimonio de prueba* o las formas de adopción. En América Latina la diversidad aparece a la vuelta de cada esquina, en cada conversación y en cada experiencia de la vida cotidiana.

Esta paradoja —el hecho de que solo recientemente se empiece a reconocer socialmente, culturalmente y también legalmente la diversidad— se explica por el peso que han tenido —y, a pesar de todo, se mantienen— las ideas heredadas de la colonia, así como todos

aquellos imaginarios ligados a una modernidad de matriz europea y norteamericana. En el ámbito de las familias y de las construcciones de género, estas ideas priorizan a la familia nuclear, fundada sobre un matrimonio heterosexual y encabezada patriarcalmente por un hombre-jefe de familia, ante todas las demás formas posibles de hacer familia, de vivir la sexualidad, de relacionarse entre hombres y mujeres o adultos y niños.

El peso de estas ideas se traduce en la vigencia de órdenes morales rigurosos, a los cuales se adhieren amplios sectores sociales, y en la permanencia de sistemas jurídicos rígidos y restrictivos, modelados más a partir de herencias y tradiciones religiosas que de perspectivas laicas y progresistas. La combinación de ambos, el orden moral social y los sistemas jurídicos tradicionales, explica entonces la paradoja que supone tener que luchar por reconocer la diversidad de familias y géneros en un contexto de sociedades y culturas en las que las diversidades son elementos constitutivos.

Este libro nace a partir de las reflexiones y experiencias de investigación que las autoras y los autores hemos desarrollado conjuntamente en estos años alrededor de las diversidades familiares y de géneros, en particular en relación con la formación de maestras y maestros, y del mundo de la educación. Y nace a partir de la paradoja que se ve reflejada en los espacios de interacción cotidianos —la academia, la docencia, la educación institucionalizada de las escuelas— de estar en contextos extremadamente diversos, en donde colegas y estudiantes, pero también docentes y discentes de las escuelas con las que nos relacionamos, pertenecen a una pluralidad de mundos diferentes, son portadores de prácticas culturales y tradiciones extremadamente variadas, y viven sus vidas familiares, afectivas y sexuales de maneras diversas.

A pesar de esta diversidad cotidiana, vemos cómo en las mentalidades de las personas, en los discursos institucionales, en las prácticas didácticas dentro de las aulas, la diversidad no solo es

negada, sino que es vista como un problema, una desviación, algo que hay que reprochar. Estas mentalidades tradicionales, bien lejos de ser inofensivas, dejan cotidianamente víctimas, en las aulas y fuera: niñas o niños “culpables” de no ser verdaderas “mujercitas” u “hombrecitos”; madres solteras y padres migrantes, “culpables” de no realizar el ideal de familia nuclear totalmente independiente y autosuficiente; hijas e hijos de madres lesbianas y padres gays, “culpables” de ir contra la naturaleza, de pertenecer a familias disfuncionales, que nunca les asegurarán un equilibrio afectivo; madres y padres trabajadores, “culpables” de apoyarse en otros parientes para el cuidado de sus hijas e hijos; jóvenes que empiezan a descubrir y plantear su sexualidad o reivindicar su identidad de género, “culpables” de no seguir reglas tradicionales o heterosexuales. Todas estas personas y muchas más, son las víctimas de una sociedad que niega y reprime la diversidad, y de unos espacios educativos que muchas veces, más que ser lugares de respeto y emancipación —como nos gustaría— se vuelven dispositivos funcionales a la discriminación y a la marginación de lo “diverso”.

A partir de esta paradoja cotidiana que vivimos y de la incapacidad de quedarnos callados como académicos nace la idea de este libro, como una reacción hacia las situaciones de discriminaciones familiares y de géneros que nos ha tocado asistir y vivir en los espacios educativos. Esta reacción intelectual —al fin y al cabo, es lo que somos capaces de hacer— conlleva otra paradoja más: tener que afirmar como novedades, discursos y reflexiones que en nuestras comunidades académicas de origen son ampliamente consolidadas, pero que amplios sectores de la sociedad, del mundo escolar y, a veces, hasta de las instituciones a las que pertenecemos, se resisten todavía a aceptar. Es por eso que, cabe aclarar, en este libro no se encuentran ideas particularmente novedosas, sino ideas que se vuelven novedosas al tener que ser sostenidas en contextos moralmente tradicionales y conservadores como los que nos rodean.

Este libro está pensado, en primera instancia, para estudiantes de educación y docentes en ejercicio, con el propósito de proporcionar

claves para reflexionar sobre las diversidades familiares y de géneros en la sociedad ecuatoriana e ideas y argumentos para poder elaborar discursos y prácticas educativas sobre las diversidades desde la educación y dentro de la educación. Nuestro propósito es poder aportar, desde las experiencias e investigaciones realizadas en estos años, a la formación de actores educativos políticamente conscientes, comprometidos con una educación cuyo objetivo sea la emancipación de los pueblos y la afirmación del ideal del Buen Vivir. Confiamos en que, maestros y maestras, en lugar de ser piezas de una estructura social opresora y discriminatoria, sean actores sociales y políticos capaces de asumir los retos del siglo XXI, y que desde la educación puedan acompañar procesos de transformación cultural hacia una sociedad más abierta, más justa y más plural.

Pero, si bien estudiantes y docentes son los principales interlocutores de este libro, en sus páginas encontrarán otra paradoja más: no todos los capítulos están centrados en las aulas, casi ningún capítulo habla de innovaciones pedagógicas o de estrategias didácticas, que es lo que las maestras y los maestros hacen normalmente. Todo lo contrario, muchos de los capítulos están orientados hacia lo que sucede fuera de las instituciones escolares: ese gran mundo social, plural y diverso, que se refleja dentro de nuestras aulas y que muchos intentan normalizar y reducir a los modelos ideológicos tradicionales. Al poner en evidencia la ingenuidad que supone intentar “domesticar” dentro de un aula a una sociedad constituida por diversidades, se encuentra la resolución de esta paradoja.

Por lo dicho, este libro representa también una invitación a docentes y estudiantes de educación para que descubran el potencial enriquecedor de la diversidad que se encuentra fuera de los muros de las instituciones educativas y para que sean conscientes de que una escuela no puede intentar normar y regular a la sociedad, sino que debe acompañar los procesos de transformación que la sociedad está llevando adelante desde hace tiempo. El mundo de la escuela no puede

ignorar las demandas de igualdad y reconocimiento de la diversidad que llegan desde movimientos feministas, LGBTIQ+, indígenas y de organizaciones sociales.

Como veremos en muchos capítulos de este libro, las diversidades familiares y de géneros no son solo una cuestión ideológica, sino que atraviesan una serie de ámbitos sociales, desde los psicológicos, a los culturales y socio-económicos. Estigmatizar a una madre soltera la margina económicamente y socialmente. Las parejas de padres gays o lesbianas no tienen los mismos derechos que las parejas de padres heterosexuales. Las personas trans sufren mayores discriminaciones laborales. Los hijos y las hijas de migrantes son objeto de mayor atención por parte de los servicios sociales y de los educadores, independientemente de sus otras redes familiares. Luchar por un reconocimiento de las diversidades quiere decir también luchar por resolver los problemas que impiden a las personas conducir una vida digna, y gozar de derechos y de felicidad.

Quienes hemos contribuido a este libro, asumimos el reto que representa ser actores académicos comprometidos con la transformación social. Cada uno de nosotros lo ha hecho a su manera, desde sus formaciones y especializaciones, a través de sus temas y estilos, conscientes de las dificultades que caracterizan la construcción de una obra colectiva y de la necesidad de mantener un discurso coral desde posiciones y experiencias diferentes.

El libro se abre con tres capítulos de autoría de Juan Carlos Brito, Javier González y Gladys Portilla que plantean la necesidad de reconsiderar visiones tradicionales alrededor de las familias y de los roles de género. Los primeros dos, de corte histórico-antropológico, proponen deconstruir la idea de que la familia nuclear heteropatriarcal es la única forma de familia ideal para nuestras sociedades, mientras que el tercero apunta a una crítica del rol que los medios tienen al crear imaginarios y estereotipos de género.

El capítulo de Juan Carlos Brito coloca a la familia nuclear heteropatriarcal dentro de sus coordenadas históricas y pone en evidencia como, lejos de ser una realidad social, ha sido el producto de una construcción ideológica impuesta en América Latina a partir de la conquista española. A través de una reseña histórica integrada por documentación –muchas veces inédita– proveniente de archivos ecuatorianos, el autor diseña un panorama social más complejo, en el que la familia nuclear, fundada sobre un matrimonio heterosexual, se presenta como un instrumento del poder para controlar las subjetividades, los afectos y las sexualidades de las personas, en particular de las mujeres. En su capítulo nos deja ver la fuerza con la que las instituciones cívicas y religiosas coloniales pretendieron imponer este código ideológico y moral, pero también las resistencias que encontraron con una realidad social y cultural que era imposible encasillar de manera tan cerrada. En efecto, a pesar de los esfuerzos normativos y de los dispositivos de castigo, en particular hacia las mujeres, las maneras de establecer y vivir relaciones de las y los ecuatorianos han sido —continúan siendo— extremadamente diversas, y urge la necesidad de reconocerlo.

De manera parecida, Javier González considera en su capítulo a la familia nuclear heteropatriarcal como una construcción ideológica que limita y banaliza nuestra manera de ver las configuraciones familiares. Es a través de una pretensión de naturalidad que los defensores de este tipo de familia establecen jerarquías y exclusiones hacia otras maneras de entender las relaciones familiares. Pero, expone el autor, los lazos entre familiares no son ni naturales ni dados, sino contruidos a través del tiempo y del compartir prácticas de cuidados, asistencia y afectos. A través de un recorrido etnográfico por el Ecuador, el capítulo presenta una serie de formas de arreglos familiares, maneras de entender, vivir y construir los lazos familiares y de parentesco, extremadamente variados y plurales: familias extensas matrifocales, familias con padres/madres migrantes, familias nacidas a través de la adopción y familias con padres/

madres del mismo sexo. Si bien desde una perspectiva tradicional estas configuraciones son normalmente vistas como no-naturales, disfuncionales y problemáticas, Javier González evidencia que cada una de ellas responde a necesidades y estrategias de relacionalidad específicas, y propone adoptar una perspectiva que reconozca la diversidad familiar y su valor.

Gladys Portilla nos aporta una discusión en torno a la creación estereotipada de los roles de género desde los medios publicitarios. Tratando materiales producidos por los medios de comunicación masiva, nos muestra la necesidad de cuestionar el universo mediático que rodea a las instituciones escolares y que afecta el imaginario tanto de docentes como de estudiantes. Principalmente, podemos destacar cómo la autora refleja la existencia de un proceso de banalización y justificación de la violencia e injusticia social provocada por los estereotipos de género en los medios. La necesidad de cuestionar ese entorno que nos rodea es vital para plantear el cambio social dentro de las paredes del aula, las cuales no son indiferentes a las realidades sociales en las que están inmersas. Alertar y dar herramientas al colectivo docente para detectar este tipo de mensajes subliminales que rodean el día a día de nuestra comunidad escolar es vital para crear nuevos imaginarios diversos.

Estos tres primeros capítulos, sin duda, nos muestran cómo es necesario que las y los docentes, ya sea en ejercicio o en formación, sean conscientes de que la escuela debe cuestionar el imaginario cultural que se crea en los discursos sociales de manera preestablecida, no solo asumiéndolos y reproduciéndolos en las aulas sin más, sino convirtiendo la escuela en un lugar de debate y construcción permanente, que ayude a generar una sociedad más justa e igualitaria desde diálogos abiertos y plurales.

En la segunda parte del libro, encontramos otros tres capítulos, los de Virginia Gámez, Josue Cale y Blanca Mendoza, que entran en el ámbito educativo y que proponen ver de qué manera el amplio panorama sobre

la diversidad familiar y las construcciones de género, trazadas en los capítulos anteriores, se refleja en las aulas. En su capítulo, Virginia Gámez analiza cómo los textos escolares ecuatorianos asumen la tarea de socializar la idea de familia a quienes los usan para sus estudios. Sin duda, se trata de una paradoja más, pues es bastante singular que el currículo ecuatoriano se proponga explicar a la niñez algo que ellos ya viven cotidianamente, su familia.

A través de un análisis de los contenidos y actividades propuestos en los textos escolares, Virginia Gámez pone a la luz su dimensión normativa y normalizadora, destinada a promover esa forma de familia dominante en las ideologías sociales, la familia nuclear heteropatriarcal. En vez de promover un proceso de reflexión abierto, a partir del cual las niñas y los niños puedan reflexionar sobre el ámbito familiar desde sus experiencias diversas y plurales, los libros de textos ecuatorianos guían a que docentes y estudiantes establezcan reflexiones cerradas alrededor de la familia nuclear heteropatriarcal. El resultado es que todas las otras formas de hacer familia son silenciadas y tratadas como variaciones anómalas respecto a una regla ideal. Los currículos y libros de texto ecuatorianos se revelan, entonces, como instrumentos de la ideología dominante y no facilitan que en las aulas tanto docentes como estudiantes puedan abordar la complejidad del tema desde puntos de vista diversos y plurales.

En su capítulo, Josue Cale pasa, en cambio, al ámbito de la práctica docente. A partir de reflexiones y profundizaciones nacidas en el contexto de sus prácticas preprofesionales como estudiante y futuro docente de educación básica, su capítulo señala cómo la construcción binaria y jerárquica de los géneros —masculino y femenino— nace y se concreta en los espacios escolares. Su estudio reseña una serie de prácticas educativas, como los juegos, el deporte, la literatura y la imposición de vestuario, a través de las cuales niñas y niños son educados en la diferencia de género. El valor dado a estas prácticas y, de nuevo, a sus contenidos y actividades, vehiculan la difusión de estereotipos y

jerarquías de género, e igualmente excluyen la posibilidad de pensar decolonialmente la posibilidad de otras maneras de construir y vivir las identidades de género o hasta la posible existencia de géneros diferentes.

En una óptica similar, Blanca Mendoza se concentra en cómo en la educación inicial se construye una idea dominante de masculinidad hegemónica, que es enseñada a los niños, pero también a las niñas, a través de discursos, indicaciones normativas y prácticas concretas de acción por parte del grupo docente. A partir de una investigación etnográfica realizada en varias escuelas del sur del Ecuador, su capítulo evidencia cómo en los espacios educativos se construyen regímenes de género; esto es, un conjunto de disposiciones y prácticas institucionales que operan a través de relaciones de poder, división del trabajo, elaboración de patrones de emoción y simbolizaciones alrededor de los géneros. El resultado es la creación y puesta en práctica por parte de docentes y estudiantes de vórtices de masculinidades, que en nuestro caso replican la idea de masculinidad hegemónica heteropatriarcal, y llevan a situaciones de discriminación, sexismo, homofobia y violencia de género en las escuelas.

Estos tres capítulos nos plantean reflexiones importantes sobre el rol que cumplen las instituciones educativas en la reproducción de las ideas dominantes de géneros y familias. Las investigaciones realizadas por Virginia Gámez, Josue Cale y Blanca Mendoza dejan ver que, en muchos casos, las instituciones escolares ecuatorianas reflejan los imaginarios e ideologías tradicionales en relación con las familias y géneros, y promueven discursos y prácticas que van en la dirección del no reconocimiento de la diversidad. Pero, así como los tres primeros capítulos del libro nos ofrecen claves para pensar las diversidades familiares y las construcciones de género de manera diversa, estos otros tres capítulos nos dejan ver el potencial de los espacios educativos para crear prácticas alternativas más justas e inclusivas.

El capítulo que cierra el libro —el de Gisselle Tur y Washington Ires— va en esta dirección de transformación y permite crear nuevos

imaginarios y nuevas formas de entender el entorno educativo, esta vez, repensando la propia relación del cuerpo en las dinámicas de institucionalización escolar. ¿Puede nuestro propio cuerpo convertirse en una herramienta de control social? Una pregunta realmente interesante para el ámbito de la formación de profesorado.

Como hemos podido ir entendiendo a lo largo de todo el libro, en la formación docente se presentan dinámicas sociales y culturales que están totalmente enraizadas en los procesos de escolarización, de manera inconsciente, por costumbre y aceptación social mayoritaria. Es por ello que la necesidad de cuestionar todo en nuestra labor como educadores es vital. Por tanto, acabar con un capítulo tan ejemplificador de esta dinámica, en la que en nuestro propio cuerpo y en el de quienes estudian, de manera individual y colectiva, se replican e imponen construcciones identitarias, culturales y sociales; muestra un cierre realmente interesante para nuestras investigaciones. No solo son cuestiones ideológicas las que se discuten en esta obra, estos discursos se vuelven cuerpo, se habitan, se practican, se hacen, se vivencian y por eso perduran durante el tiempo y son tan difíciles de combatir.

Con cada uno de los capítulos ofrecemos un panorama que demuestra que el tratamiento de la diversidad, en relación con las construcciones familiares y de género, aún tiene mucho camino por recorrer. Queremos destacar que este objetivo no se consigue solo a través de mejores propuestas didácticas, sino que pasa por muchos niveles de accionar. Son necesarios debates que muestren a las comunidades educativas que ciertas definiciones tanto del entorno familiar o de cómo ser hombre o mujer van de la mano con el cuestionamiento de lugares comunes o prácticas tradicionales impositivas. La publicidad puede llegar a definirnos y a dirigir nuestra práctica mucho antes de entrar en un aula o de abrir un libro de texto. Nuestra experiencia nos guía a entender cómo es una familia o cómo debe ser una mujer o un hombre, haciendo que dejemos de observar otras realidades o incluyamos otros discursos.

Muchas de las prácticas escolares a las que asistimos no tienen fundamento pedagógico, sino que son producto de construcciones. Entender cómo y dónde se originan estas prácticas nos muestra cómo podemos modificarlas en relación con las necesidades del alumnado para evitar replicar y reproducir realidades estereotipadas que llegan al aula como discursos cerrados e inmóviles en el tiempo. La escuela, como espacio de transformación, debe ser vigilante y cuestionar estos prejuicios ideológicos. La educación como arma de emancipación debe tener como objetivo imaginar futuros plurales y abiertos, más que imponer modelos únicos y excluyentes. Además, estos modelos únicos deben ser cuestionados para entender las necesidades del presente. Y las necesidades de nuestro presente nos hablan de visibilizar y respetar otras maneras de vivir las relaciones, los afectos, las sexualidades, es decir, las formas de hacer familias y construir los géneros.

La diversidad no es una opción teórica en nuestro discurso, es una realidad social. Lo plural no es una opción gramatical, es una cuestión política. Los invitamos, por tanto, a través de esta lectura, a dialogar con este grupo de investigadores que ha decidido posicionarse a favor de una transformación cultural, social y educativa, enfrentándola a través del diálogo, el cuestionamiento y la lucha social. Esperamos que puedan mirar a su alrededor y compartir nuestras discusiones en la perspectiva de construir conjuntamente un mundo mejor.

